



Inspector
Salazar
5

**LO QUE
EL GATO SE LLEVÓ**
M. J. Fernández

El inexplicable asesinato de una anciana enfrenta a Salazar a una situación difícil cuando su mejor amigo es acusado y detenido. Deberá emplear toda su inteligencia y experiencia para convencer a sus colegas de la inocencia de Gyula. Mientras Néstor se esfuerza en ayudar a su compañero de infancia, su hermano Santiago recibe amenazas a causa de un oscuro secreto de su pasado que también afecta al inspector, y cuya investigación los conducirá a un resultado desconcertante y peligroso.

LO QUE EL GATO SE LLEVÓ

M.J. Fernández

Tengo un hermano, siempre tengo un amigo.
Anónimo.

Capítulo 1

La muerte sorprendió a Jovanka sin que alcanzara a comprender su destino. Todo ocurrió demasiado rápido. Apenas había alcanzado el segundo piso del chalé cuando percibió una sombra que se abalanzaba sobre ella, notó una presión en el pecho, un golpe en la cabeza y el suelo desapareció bajo sus pies. Sintió que caía, que rodaba escaleras abajo, mientras sus viejos huesos crujían en la medida en que se iban rompiendo. No tuvo tiempo de sentir dolor. Antes de que pudiera siquiera pensar en ello, todo había terminado.

De haber vivido unos minutos más, hubiera visto la sombra que se acercó a su cuerpo menudo y maltrecho, para comprobar que había cumplido su cometido. Luego saltó por encima de sus restos mortales y cruzó a toda prisa hacia la cocina, saliendo por la puerta de atrás.

Pasaron veinticuatro horas antes de que descubrieran el cuerpo. Cuando la familia Arriola regresó de su viaje, encontró a su ama de llaves al pie de la escalera con los ojos fijos y la mirada perdida. Yolanda fue la primera en verla. Su grito de terror atrajo la atención de sus padres, que se habían retrasado sacando las maletas del coche. Fermín corrió a auxiliar a su hija y se dio de bruces con el cadáver. El señor Arriola abrazó a Yolanda y con palabras suaves la apartó del cuerpo de la malograda Jovanka. En ese momento apareció Consuelo en el umbral. Él le impidió entrar. Después de sacar a su esposa y a su hija de la

casa, las dejó a buen resguardo en el coche, mientras él llamaba por el móvil a la policía.

Una hora después, el hogar de los Arriola era un territorio ocupado. Al menos una docena de hombres y mujeres deambulaban de un lugar a otro, tomando fotografías, midiendo con cinta métrica, recogiendo huellas y haciendo preguntas.

Fermín se armó de paciencia para tratar de ayudar a la policía en sus pesquisas, pero en realidad casi no tenía información para proporcionarles. El primero que lo interrogó fue un sargento. Le preguntó su nombre, le pidió el DNI e indagó cuál era su relación con la occisa. El uniformado anotó las respuestas y se alejó en dirección a un hombre mayor que acababa de llegar y que estaba ataviado con un traje barato, un abrigo que había conocido mejores tiempos y los zapatos más lustrosos que Fermín había visto en su vida. Después de hablar con el oficial se acercó a ellos y se presentó.

—Soy el inspector Anselmo Souza. De la Jefatura Superior de Haro.

—Un placer conocerlo, inspector —respondió Fermín—, aunque hubiera preferido que fuera en otras circunstancias.

—Sí, es muy lamentable. ¿Puede usted explicarme lo ocurrido?

—Es poco lo que puedo decirle, pues no estábamos en casa cuando ocurrió el accidente.

—¿Dónde estaban?

—Visitábamos a mi suegra en Almería.

—¿Qué hacía entonces aquí la occisa?

—Jovanka es... Era, nuestra ama de llaves. Trabajaba para nosotros desde hace más de quince años y le teníamos plena confianza. Cuando decidimos regresar, la llamamos para que acondicionara la casa.

—Para que la limpiara —puntualizó el policía.

—Sí. Es lo que quise decir.

—¿Quién le abrió la puerta? —preguntó Souza, tomando nota en su libreta.

—Como le dije, tenía nuestra plena confianza, así que ella disponía de un juego de llaves que utilizaba en estos casos.

—Comprendo.

Ambos hombres guardaron silencio cuando se aproximó el furgón de la morgue, que venía a recoger el cadáver.

—¡Es espantoso! —exclamó Fermín, conmocionado—. Alguien deberá avisar a la familia, supongo...

—Nosotros nos ocuparemos —respondió el policía—. El sargento me informó que los familiares de la occisa pusieron ayer una denuncia por desaparición cuando anocheció sin que hubiera regresado. No pudiendo contactarla por el teléfono, vinieron hasta aquí para ver si la encontraban, pero la puerta estaba cerrada y por supuesto, nadie les respondió.

—¡Pobre gente! ¿Qué cree que pasó, inspector?

—Todavía no lo sabemos, pero todo parece indicar que subió las escaleras y resbaló al llegar al último escalón. Una mala caída. Un trágico accidente.

—No quiero parecer insensible, pero ¿cuándo podremos regresar a la normalidad?

—En pocos minutos habrán retirado el cuerpo. En cuanto el departamento de criminalística termine de recoger las muestras que determina la ley y nos autorice, podrán ustedes regresar. Sin embargo, no puedo precisarle ahora cuánto tiempo demorarán. Le aconsejo que recoja a su familia y los lleve a un hotel. Estar aquí no les hace bien —argumentó el policía, mientras miraba a Yolanda sollozar abrazada por su madre. La chiquilla le recordó a su propia hija.

—¡Inspector Souza! —gritó uno de los detectives jóvenes que rondaban por el lugar, mientras se acercaba a paso apresurado.

–Disculpe, señor Arriola –le pidió Anselmo, alejándose de su testigo y acercándose al impertinente policía.

Después de una corta conversación entre los oficiales, el joven regresó al pie de la escalera y Souza se acercó de nuevo a Fermín.

–Será mejor que busque alojamiento para usted y su familia por unos días, señor Arriola. La situación ha cambiado. Las pruebas forenses nos sugieren que no se trató de un accidente. Su ama de llaves, la señora Jovanka Moreno murió asesinada.

Capítulo 2

Santiago releyó la escueta nota, mientras hacía esfuerzos por evitar el temblor de sus manos. La había encontrado en el suelo de su despacho y desde entonces lo invadía el desasosiego. Aunque por lo general no era un hombre asustadizo y un anónimo no hubiera sido suficiente para intranquilizarlo, en este caso el contenido le había erizado la piel en cuanto lo leyó.

En un papel común habían impreso una fecha: «14 de abril de 1987». Eso era todo. Santiago había cogido la nota por una esquina usando su pañuelo y la había introducido en una bolsa de pruebas que siempre llevaba en el bolsillo. Estaba decidido a encontrar al autor. Después de la experiencia que él y su familia habían sufrido con el secuestro de su hijo Lucas, la seguridad de los suyos era una preocupación permanente. Y la mención de aquella fecha lo asustaba más que una amenaza directa.

Ya había revisado los cuadernos donde García anotaba los nombres de los visitantes ajenos a la comisaría. En los dos últimos días solo había quedado registrada una vecina que puso una denuncia por el ruido que hacía el inquilino del piso de arriba cuando practicaba con el saxofón y que no le permitía dormir la siesta. Su nombre era María Eugenia Ramírez y tenía ochenta y cinco años. Santiago no la veía como una probable sospechosa. Los demás nombres correspondían a personas que habían acudido a tramitar su documentación. No hubieran tenido acceso a su despacho, así que estaban descartados. El comisario lla-

mó al laboratorio y solicitó que le enviaran a un mensajero con carácter de urgencia. Media hora después se presentó un joven delgado y nervioso con un uniforme gris, el logotipo del laboratorio tejido en el lado izquierdo de la pechera y una placa con su nombre en el lado derecho.

–Buenos días, señor. Me ordenaron recoger una evidencia de sus manos –afirmó el mensajero, con cierta timidez.

–Sí, quiero que le entregue esta prueba al jefe del laboratorio de Científica, Casimiro Barros, en sus manos. Ya lo está esperando. Es urgente.

–Me ocuparé de eso, señor –respondió el mensajero, solícito.

Cuando el joven salió del despacho del comisario, Santiago se esforzó por reiniciar su trabajo, pero se le hacía difícil concentrarse. El anónimo había desequilibrado su estabilidad emocional. Se preguntó si debía consultarlo con alguien. Sería un alivio poder hablar de ello, pero enseguida lo descartó. Ahora que su vida familiar y profesional se encontraba en su mejor momento, aparecía esta nota que amenazaba con derrumbar todo lo que había construido con tanto esfuerzo. Por otro lado, si su familia estaba siendo amenazada, su deber era protegerlos, sin importar lo que él pudiera perder por ello.

Se preguntó por un momento qué consecuencias podría tener exponer la situación con honestidad y pedir ayuda. La idea le hizo un nudo en el estómago. Se arriesgaría a perderlo todo: el respeto de su mujer, el afecto recién recuperado de su hermano. Carmela tal vez pudiera llegar a perdonarlo, pero Néstor... Estaba seguro de que Néstor nunca le volvería a hablar si se enteraba de lo que había ocurrido aquel fatídico día.

Incapaz de centrarse, Santiago se puso de pie, cogió el abrigo y salió del despacho. Necesitaba pensar. Necesitaba aire fresco. Ante la mirada sorprendida de Lali y de García, el agente de guardia en la puerta, Ortiz abandonó

la comisaría y salió a caminar por las frías calles de Haro, mientras una horda de ideas catastróficas asaltaba su mente.

¿Quién podría haber enviado el anónimo? ¿Quién sabía...? Estaba claro que el autor de la nota quería amenazar su tranquilidad. ¿Sería también una amenaza para la seguridad de su familia? ¿Estarían en peligro Carmela y los gemelos, o el mismo Néstor? Si algo llegaba a sucederles a causa de su cobardía, nunca se lo perdonaría a sí mismo.

Sin embargo, la nota no incluía ninguna amenaza directa. Trató de analizar la situación con la serenidad y objetividad de su entrenamiento policial. La intención del autor del anónimo era amenazarlo a él en forma directa, causarle angustia y desasosiego. Descentrarlo. ¿Quién lo había enviado? ¿Por qué? ¿Y por qué ahora, después de tantos años? Ahora que creía haber superado toda la vergüenza y la culpa que colmaron su vida después de aquel día.

A pocas manzanas de allí, Néstor terminaba su café, sentado a su mesa favorita en el bar de Gyula. Regresaba de una reunión en la Jefatura Superior y se detuvo en su camino a la comisaría con la excusa de tomarse un café, pero en realidad quería preguntarle a su amigo si había recibido noticias de su tía.

No sabían nada de ella desde el día anterior, cuando el propio Gyula la había dejado en un chalé del barrio Estación, donde trabajaba como ama de llaves. Toda la familia estaba muy preocupada. No regresó a casa, ni pudieron contactarla por el teléfono. Su amigo llamó a Salazar para pedirle ayuda. Néstor se encargó de poner la denuncia por desaparición y él mismo comenzó a buscarla en los hospitales y a hacer preguntas entre sus contactos policiales, pero parecía que se la había tragado la tierra. Nadie la había visto. Nadie tenía noticias de que hubiera sido víctima de ningún delito.

Si no se hubiera tratado de una mujer demasiado mayor para emprender ninguna aventura, el inspector hubiera concluido que había desaparecido por voluntad propia, pero eso estaba descartado. En el corto tiempo transcurrido indagó también en el entorno de Jovanka, pensando que hubiera podido ser utilizada como rehén para presionar a alguno de sus familiares. Sin embargo, de momento no había encontrado nada.

Mientras terminaba el café decidió que hablaría con el juez Aristigueta para pedirle una orden que le permitiera registrar el chalé, que era el último lugar donde fue vista la desaparecida. Siempre existía la posibilidad de que hubiera sufrido un accidente, pero si no la encontraban allí, tal vez hallaran algún indicio que les permitiera localizarla.

Gyula, como era lógico, se sentía muy angustiado y Salazar estaba dispuesto a hacer todo lo posible para ayudar a su amigo. Cuando se disponía a levantarse de la mesa vio acercarse al tabernero a paso apresurado. La expresión de su rostro hizo comprender al inspector que las noticias no eran buenas.

—¿Qué ocurre, Gyula? ¿Apareció?

—Eso me temo —Salazar esperó, comprendiendo que no debía presionarlo—. Me acaba de llamar «el Tío».

—¿«El Tío»?

—Su hermano Joaquín. Recibió una llamada de la policía hace unos minutos. La familia del chalé regresó de vacaciones esta mañana y la encontraron...

—¿Qué pasó? —preguntó Néstor, al ver que a Gyula se le hacía difícil terminar la frase y que se le llenaban los ojos de lágrimas.

—La encontraron al pie de la escalera. Al parecer rodó y...

—¿Está malherida?

—Está muerta.

—Lo lamento mucho, Gyula —le dijo Salazar con sinceridad, aunque no le sorprendía la noticia. Después de lo in-

fructuosas que resultaron sus pesquisas, ya sospechaba que algo así había ocurrido.

–Hay más... –confesó el tabernero.

–¿Qué más?

–La policía piensa que no fue un accidente, Néstor. Alguien la asesinó.

Capítulo 3

De vuelta en la comisaría, Salazar se sorprendió al no encontrar a Santiago en su despacho. Más extraño aún era que Lali no supiera adónde se había marchado, ni la razón de su ausencia. En especial porque habían acordado encontrarse para que Néstor le informara acerca de la reunión en la Jefatura Superior, además de que en cualquier momento llegaría el reemplazo de Manuel.

No tenía otra alternativa que esperar a su regreso para saber qué mosca le había picado. Subió al segundo piso, donde saludó al equipo. Como siempre, solo Sofía le correspondió y Diji levantó una mano sin apartar los ojos del ordenador. ¡Simpático, el chaval! Tranquilizado por la normalidad de la situación, se fue a su propio despacho para encarar con valor las pilas de expedientes que Lali iba acumulando en su escritorio con malévola perseverancia. No importaba cuantas horas dedicara a la revisión y firma de los dichosos papeles, la pila crecía sin parar. Algunas noches, Néstor se había despertado en medio de una pesadilla en la cual las pilas de papeles cobraban vida y lo devoraban. ¡Un horror!

Cuando llevaba dos horas, tres tazas de café y ¿por qué no reconocerlo?, alguna que otra cabezadita mientras leía y firmaba expedientes, Lali le avisó por la centralita que el comisario había llegado y lo esperaba en su despacho. Salazar se alegró de tener una excusa para dejar atrás el trabajo burocrático. Podría jurar que el último expediente lo había mirado con gula. ¡Ya estaba otra vez esa imagi-

nación suya jugándole malas pasadas! En fin, cerró la carpeta con satisfacción y se encaminó a reunirse con Santiago.

Cuando pasó frente a Lali, la encontró un poco mustia. Ni siquiera lo había mirado con desaprobación, lo cual lo preocupó, pues la última secretaria del comisario que lo había tratado con cariño, intentó matarlo. Decidió tensar un poco la cuerda.

—Eulalia, tiene usted mala cara. ¿Ocurre algo?

La mujer hizo un mohín y Salazar temió que rompiera a llorar, pero por suerte consiguió contenerse. Algo muy grave debía preocuparle cuando no había reaccionado a la mención de su nombre completo. Detestaba que la llamaran Eulalia, algo que Néstor aprovechaba en ocasiones para fastidiarla.

—No es justo que se me trate así. Comprendo que cometí un error, pero una es humana y hago lo mejor posible mi trabajo... Y soy leal... Y... —Aquí sí las lágrimas brotaron como las cataratas del Niágara y Néstor se arrepintió de haber preguntado. ¡Quién le mandaba a meterse en camisa de once varas! ¿Y ahora qué iba a hacer? Frente al llanto de Lali se sentía tan indefenso como juguete de gato.

Incómodo, Salazar sacó su pañuelo y se lo ofreció a la secretaria, que le dio las gracias mientras lo usaba para enjugarse las lágrimas. Aunque su intuición le advertía que era mejor no preguntar, su lengua se alió con su curiosidad innata, y ambas lo traicionaron. Antes de que pudiera evitarlo, se escuchó haciendo la única pregunta que sabía que no debía hacer.

—¿Qué fue lo que pasó, Lali?

Por supuesto que la «inocente» pregunta desencadenó un recrudecimiento del llanto, que lo dejó todavía más desconcertado. Entre hipidos, Eulalia le respondió.

—Yo... Archivé mal un expediente... El comisario me lo pidió y... Demoré demasiado en encontrarlo. Por eso él